

Construcción de la subjetividad en la exclusión.

Prof. Psic. Victor A. Giorgi

**¿Quién no reproduce dentro de
sí, al mundo que lo genera?
E. Galeano (1978)**

Para introducirnos en el tema que nos convoca se hace necesario definir una cierta mirada teórica sobre los procesos psicológicos que los considera indisolublemente ligados a las condiciones de existencia y a las prácticas sociales. Dicha mirada aparece magistralmente condensada en las palabras de E. Galeano con que iniciamos estas páginas.

La psicología en sus diversos desarrollos ha enunciado un conjunto de principios explicativos del comportamiento y la subjetividad humana que pueden considerarse de alcance universal.

Pero no podemos desconocer que cada época, cada cultura y cada enclave social proporciona imágenes, valores, modelos, zonas de permisibilidad y de prohibición; habilita experiencias y produce significados en torno a ellas, todo lo cual contribuye a la producción de una subjetividad singular.

Esto ha llevado a la psicología a ampliar sus fronteras incluyendo la interacción con aspectos sociales y culturales procurando la aprehensión del hecho psicológico como fenómeno total globalizador del hombre y su mundo (Carrasco. J.C. 1969). Esta postura se articula con los enfoques ecológicos actuales que proponen al sistema de interacciones conformado por el ser humano y su entorno como una unidad de análisis inseparable.

Época, cultura y lugar social pasan así a ser tres coordenadas centrales en todo abordaje de la subjetividad humana.

La vida cotidiana -en tanto estructura de prácticas y significaciones constituida por los diversos intercambios a través de los cuales los seres humanos satisfacen sus necesidades, producen y reproducen la vida- pasa a ser núcleo de interés de la psicología.

La producción de subjetividad aparece directamente relacionada con esa cotidianidad y las prácticas sociales que ella incluye.

PRODUCCIÓN DE SUBJETIVIDAD Y PRÁCTICAS SOCIALES.

Entiendo por "producción de subjetividades" las diferentes formas de construcción de significados, de interacción con el universo simbólico-cultural que nos rodea, las diversas maneras de percibir, sentir, pensar, conocer y actuar, las modalidades vinculares, los modelos de vida, los estilos de relación con el pasado y con el futuro, las formas de concebir la articulación entre el individuo (yo) y el colectivo (nosotros). Es parte de los procesos de autoconstrucción de los seres humanos a través de sus prácticas sociales (Giorgi 2003).

En nuestra sociedad pueden identificarse conjuntos de prácticas sociales especialmente eficientes en la modelación de la subjetividad.

Dichos conjuntos son:

El lugar asignado al sujeto en el universo simbólico del grupo de referencia y las prácticas discursivas que a partir de él se construyen.

Las prácticas, modelos y matrices de relación que predominan en el ámbito

privado (familia, microgrupo).

Prácticas y matrices vinculares predominantes a nivel público (instituciones).

Criterios de prohibición y permisibilidad, derechos y obligaciones asignadas al sujeto desde el sistema normativo.

Imágenes, modelos y valores que circulan a través de los medios masivos de comunicación.

Estas "prácticas" y "discursos" operan sobre la producción de subjetividades a través de tres mecanismos básicos y complementarios:

Asignación—asunción de roles y lugares.

Modelación que incluye tanto "modelos" que alimentan el proceso identitario como "matrices vinculares" que modelan estilos de relación.

Aprendizaje que hace a los efectos de las experiencias vitales sobre las estructuras actitudinales de los sujetos.

Los modelos, experiencias y contenidos culturales con que las personas cuentan para alimentar y sostener su proceso identitario provienen de: las redes sociales, las tradiciones culturales, los niveles de integración laboral y educativo así como las modalidades de ejercicio de la ciudadanía y las políticas públicas.

Redes sociales--> El ser humano es un sujeto de necesidades y la satisfacción (o no) de dichas necesidades pasa siempre por relaciones vinculares. A su vez estas experiencias de satisfacción o frustración constituyen componentes esenciales en la producción de subjetividad.

Entendemos por redes sociales al entramado de relaciones de diversa naturaleza a través del cual se producen diferentes intercambios e interacciones relativas a las necesidades humanas.

Estas redes varían de un sujeto a otro, de un grupo a otro en su amplitud, riqueza, fortaleza, diversidad, constituyendo parte de los "recursos" con que las personas cuentan para afrontar las situaciones problemáticas propias de su existencia. Ellas aportan modelos y matrices vinculares que sostienen los procesos identitarios a través de asignaciones, experiencias, códigos que expresan al sujeto que él es alguien para los otros y que a su vez esos otros son alguien para él.

Se operan así procesos de afiliación e inscripción que mantienen al individuo dentro de un cierto espacio social de referencia.

Su ruptura o desafiliación es un paso determinante en los procesos de exclusión.

Tradiciones culturales—> En la producción de subjetividad la cultura adquiere una especial importancia como articuladora entre lo individual y lo colectivo, lo psicosimbólico y lo sociohistórico. Posibilita la inscripción del sujeto en una tradición que lo trasciende y de la cual derivan ciertos "enunciados identificadorios" (Käes 1979).

Dichos enunciados son juicios de contenido valorativo provenientes de las figuras parentales y retomadas por otros portavoces del discurso social que atribuyen a los sujetos de las nuevas generaciones un lugar y un destino social. Expresan en forma codificada cuales deben ser sus valores de referencia y sus comportamientos deseados y esperados por el grupo, lo que orienta la construcción de un "proyecto de vida" (proyecto parental, proyecto social, proyecto personal).

En situaciones de crisis y ruptura de las tradiciones culturales los enunciados transmitidos por las generaciones anteriores pierden fuerza. Incluso los adultos -encargados de transmitirlos- ya no creen en ellos ni los toman en cuenta al orientar sus propias vidas.

A nivel de los sectores populares asistimos a una verdadera disolución de la "cultura obrera" que durante todo el pasado siglo sostuvo imágenes, valores y modelos de vida que operaron como sostén de procesos de construcción de identidades y como factor de fuerte inclusión social.

Hoy ese "mundo del trabajo" ha cambiado y los barrios populares viven un proceso de "desproletarización". Las fábricas y concentraciones de trabajadores son recuerdos del pasado. Sus locales se ven "taperizados" devolviendo en su imagen la desvitalización y el deterioro, con los cuales las comunidades suelen identificarse.

Esto genera en los jóvenes la ausencia de lugar social y de proyecto colectivo sobre el cual apoyar el propio.

Asignarse y ser asignado es ocupar un lugar en el conjunto de sus semejantes (Káes 1979).

La ausencia de lugar podría caracterizarse como un sentimiento de "afanisis": ansiedad de no ser, no existir, no ser nadie para otros. Esto lleva a la acción compulsiva como forma de expresar que "está ahí" que "existe".

Trabajo y educación. En nuestra cultura el trabajo y la educación han sido factores de integración social: articuladores entre el ámbito privado y el público, sostén de vínculos e intercambios sociales, incluyen al sujeto de un proyecto colectivo que opera como sostén posibilitador de los proyectos personales.

Los cambios en el "mundo del trabajo" no solo han generado altas tasas de desocupación abierta sino que dieron lugar a un proceso de desregulación y precarización.

La imagen del trabajo asalariado, socialmente regulado, estable, sindicalizado y que operaba como matriz y soporte en la construcción de identidades sociales y subjetividad tiende a desaparecer de nuestra cultura.

En su lugar emerge la tendencia al trabajo informal, desregulado, sin permanencia a través del tiempo que estimula actitudes individualistas entre los trabajadores. Estas modalidades de trabajo no tienen la consistencia necesaria para sostener procesos identitarios ni operar como apoyatura de proyectos

personales.

Estimulan una actitud presentista, permite "vivir al día", ayudan a resolver lo inmediato pero no habilitan la futurización.

Se desvanece así la imagen del trabajador como sujeto de derecho y actor colectivo pasando a constituirse en un individuo aislado que actúa desde su necesidad perdiendo capacidad de negociación y autoestima. La educación -especialmente la escuela- constituye un espacio de especial relevancia en la producción de subjetividad. Tradicionalmente la escuela pública en Uruguay fue un fuerte factor integrador.

En los últimos años hemos observado a nivel de la educación dos procesos complementarios que tienden a revertir su potencial de integración social.

Por una parte la creciente segregación territorial que se viene operando, hace que el rango de interacciones sociales de los niños (y sus padres) se reduzca. Los habitantes de las zonas se caracterizan por cierta condición social mas o menos homogénea y las escuelas reflejan esto.

Por otra parte si bien el acceso a la educación primaria continua siendo casi universal no todos los niños acceden con similar probabilidad de éxito o fracaso.

Quienes provienen de hogares pobres tienen una probabilidad superior al 50% de experimentar el llamado "fracaso escolar" iniciando así una experiencia de rechazo, impotencia y ajenidad en relación a la cultura institucional. Dicha experiencia marca su subjetividad y opera como inicio de procesos de frágil integración social con el consiguiente riesgo de caer en la exclusión.

Dicha experiencia incluye altos niveles de violencia simbólica e implica la adjudicación social del rol de excluido, problemático, conflictivo, etc.

Participación, ejercicio de la ciudadanía.

Cuando los sujetos adquieren una identidad social que les permite expresarse a través de sus colectivos y adoptar posturas activas en pro de la defensa o restitución de sus derechos, se opera una inclusión en la dinámica social.

No obstante cuando sobre ellos recae la adjudicación de cierta "inutilidad social" quedan también descalificados en el plano cívico y político (Castel R. 1995).

La introyección de la desvalorización, la ausencia de experiencias que aporten matrices organizativas, la fragilidad identitaria, la ausencia de proyecto "hace difícil hablar en nombre propio aunque sea para decir no" (Castel R. 1995).

Esto nos lleva a afirmar que el proceso de exclusión incluye entre sus distintas formas de desconexión del conjunto social una pérdida (expropiación) de la cuota de poder que ha caracterizado históricamente al trabajador y otras clases subalternas.

Políticas sociales y práctica social. Cuando los niveles de inclusión social comienzan a deteriorarse y los sujetos no acceden a resolver sus necesidades en

base a sus propios recursos ingresamos en la "zona de vulnerabilidad". Se abre un nuevo espacio de prácticas y relaciones sociales conformado por el entramado de organizaciones y efectores de políticas públicas focalizadas.

La "focalización" cuando se enmarca en políticas sociales asistencialistas, incluye la identificación del usuario con un lugar simbólico marcado por la vulnerabilidad, la predisposición, la inviabilidad de alternativas autónomas. Estas experiencias llevan a que las políticas sociales atraviesen la vida cotidiana de las personas y condicionen el resto de sus prácticas.

Podríamos afirmar que las políticas sociales dirigidas a sectores de frágil integración a la cultura hegemónica forman parte de verdaderas políticas de subjetividad. O sea: cursos de acción predeterminados con intencionalidad, que apuntan a generar una situación futura deseada y funcional a un proyecto social.

Aquí deseo remarcar un aspecto que considero medular en el planteo que estoy desarrollando: tanto las políticas sociales como sus representantes y efectores -o sea organizaciones, equipos, técnicos y otros agentes que sostienen acciones hacia o con sectores o grupos sociales definidos como destinatarios de esas políticas- (mas directamente nosotros) participamos activamente en la construcción de su subjetividad. Nuestras intervenciones asignan a esas personas lugares y roles, interpretan y jerarquizan sus necesidades y proponen metas en términos de un "deber ser" deseado o esperado desde una determinada perspectiva.

En este sentido resulta revelador el análisis del lenguaje utilizado. Este no es algo neutro. Conformar operaciones discursivas, asigna significados a través de una dinámica de adjudicación-asunción de diferentes lugares en el Universo simbólico de la sociedad que involucra tanto a los operadores institucionales como a los destinatarios de las acciones y programas.

Términos como: marginado, excluido, desviados, "de riesgo" vulnerable, usuario, paciente, consumidor, sostienen discursos diferentes acerca del problema social básica. A través de su análisis podemos develar una verdadera "disputa de significados" acerca del problema y el lugar asignado a los sujetos que lo viven.

Por otra parte los operadores también reciben y asumen denominaciones con fuertes connotaciones: educador, asistente, agente, voluntario, juez, fiscal, defensor....

Estos posicionamientos crean y refuerzan identidades sociales con sus consiguientes subjetividades.

LA EXCLUSIÓN SOCIAL.

A partir de las ideas que venimos desarrollando proponemos pensar la exclusión como un proceso interactivo de carácter acumulativo en el cual -a través de mecanismos de adjudicación y asunción - se ubica a personas o grupos en lugares cargados de significados que el conjunto social rechaza y no asume como propios. Esto lleva a una gradual disminución de los vínculos e intercambios con el resto de la sociedad restringiendo o negando el acceso a espacios socialmente

valorados.

Dicho proceso alcanza un punto de ruptura en el cuál las interacciones quedan limitadas a aquellas que comparten su condición. De este modo el universo de significados, valores, bienes culturales y modelos, así como las experiencias de vida de que los sujetos disponen para la construcción de su subjetividad se ven empobrecidos y tienden a fijarlo en su condición de excluido.

Algunas aclaraciones:

El proceso gradual y acumulativo que lleva a la exclusión puede atravesar más de una generación. Por tanto existen sujetos que nacen en ese tránsito hacia la exclusión con muy escasas posibilidades de revertir o aún detener ese proceso. Surge así la noción de vulnerabilidad.

La pobreza no es necesariamente exclusión, pero la exclusión siempre implica pobreza en tanto inaccesibilidad al capital social, cultural, sociohistórico y psicosimbólico de que dispone la sociedad de referencia.

ALGUNOS RASGOS CARACTERÍSTICOS DE LA SUBJETIVIDAD DE SUJETOS EN SITUACIÓN DE EXCLUSIÓN

A continuación mencionaré algunos de los rasgos más frecuentes en la subjetividad de los sectores excluidos.

Autoestima. --->Las personas pertenecientes a estos sectores se caracterizan por una baja autoestima. Esto puede pensarse como introyección de la imagen desvalorizada que les devuelve la sociedad al ubicarlos en esos lugares de "supernumerarios", "excedentes", "excluidos", desconociendo sus potencialidades.

En una cultura donde se predica que el éxito depende de las condiciones, actitudes e iniciativas personales, el fracaso también queda planteado como una responsabilidad personal. Esto genera vergüenza y puede considerarse como una "privatización de la culpa" en relación a la propia pobreza.

Ante esto suelen manejarse defensas omnipotentes, mecanismos compensatorios de la desvalorización, actitudes transgresoras como respuesta a una sociedad que los agrede.

Impulsividad - tendencia al acto. -->Se observa ausencia de mediatización entre afecto y acto. Los sentimientos y afectos se expresan a través de la acción. Esto lleva a la predominancia de un código comunicacional basado en el gesto y la acción en desmedro de la expresión verbal.

La desvalorización personal llega al extremo de desconocer las consecuencias de sus acciones, generando actitudes de irresponsabilidad social.

En este contexto no existe momento ni lugar para la expresión de afectos. Todo está marcado por las necesidades inmediatas y la búsqueda de la sobrevivencia. Los aspectos humanos, afectivos y la reflexión no tienen lugar en esa cotidianidad. (Giorgi 1988).

Pseudoidentidad. La ausencia de modelos lo suficientemente valorados como para sostener los procesos identitarios lleva a adoptar pseudoidentidades basadas en la imitación de modelos mediáticos que no corresponden a su realidad. Estos "vacíos identitarios" explican la escasa autonomía en su comportamiento, dificultad de sostener posturas propias diferenciadas del grupo de pertenencia y la consiguiente tendencia a "actuar como los otros" (isomorfismo).

Manejo del tiempo.-->- La ausencia de proyecto (futuro) y de tradición (pasado) lleva a una suerte de presentismo donde los horizontes temporales son estrechos. No hay futurización ni referencia al pasado. Paradojalmente este "presentismo" lleva a la vivencia del tiempo como algo que no pasa, que está allí detenido. Las motivaciones son solo inmediatas no existiendo posibilidad de un pensamiento estratégico que de lugar a proyectos personales ni colectivos a mediano ni largo plazo.

Modalidades vinculares. Los vínculos son inestables existiendo una dificultad de reconocer el "lugar del otro". Esto puede asociarse a la ausencia de registro de la experiencia de ser considerado por otros. Damos al otro el lugar que los otros nos dieron a nosotros en las primeras experiencias constitutivas de nuestra personalidad.

La violencia irrumpe con frecuencia en estos vínculos como expresión desplazada de la violencia estructural introyectada en su experiencia social.

Ajenidad de la sociedad y la política. ---> Los procesos sociales y políticos son percibidos como algo ajeno a su mundo. No despiertan interés en la medida que se considera que su vida no va a cambiar en función de dichos procesos. Esta percepción aparece asociada a la resistencia al cambio, el refugio en la rutina cotidiana aún cuando ésta esté impregnada de frustración y carencia.

Locus de control externo.---->, Este concepto desarrollado por autores como Martín Baró, Seligman (1989) y M. Montero es básico para comprender la actitud de pasividad y resignación que caracteriza a estos sectores. Se trata de la convicción íntima de que su vida y su realidad no está en función de factores que él pueda controlar o sobre los que pueda incidir, sino de procesos que se dan en un lugar (locus) externo a su esfera de acción. Es una variedad de fatalismo que lleva al sometimiento y la renuncia al protagonismo del sujeto como agente transformador de su entorno. Motiva la renuncia al protagonismo social y político.

Este mecanismo se asocia al "aprendizaje de la desesperanza" (Seligman 1989) como producto de una historia de vida donde prevalece la postergación, la frustración y la reiteración de vivencias de impotencia ante realidades que avasallan las capacidades de respuesta de las personas.

Esto se traduce en insatisfacción de necesidades esenciales y falta de oportunidad para realizarse plenamente como persona.

La exclusión como proceso compromete la globalidad de la persona y su entorno inmediato. Incluye la desafinación de redes sociales, la marginación del mercado de trabajo, la no asignación dentro de su cultura de origen y la negación de una identidad como sujeto colectivo desde la cual ejercer su plena ciudadanía.

No se trata de que los sujetos en situación de exclusión no tengan vínculos, ni cultura, ni realicen trabajos. Se trata de una pérdida de sentido de esos elementos como componentes que sostengan un proyecto personal entrelazado con otros proyectos personales y colectivos socialmente valorados.

En tanto el ser humano es un "animal cultural" y un ser gregario por excelencia no podemos pensar que los excluidos quedan fuera del mundo de relación. En procura de satisfacer sus necesidades ellos se incluyen en redes, grupos y espacios que operan "por fuera" de lo socialmente aceptado. Se generan así los espacios de socialización en la exclusión

La relación entre exclusión y subjetividad no puede pensarse como relación de causalidad lineal en uno ni en otro sentido. Proponemos pensarla en términos de causalidad circular o recurrente en la cual la práctica social genera una cierta subjetividad que a su vez recurre sobre la situación social reforzándola o abriendo posibilidades de transformación.

Los rasgos que pueden reconocerse como característicos de la subjetividad de las personas en situación de exclusión son parte integrante de esa exclusión y constituyen aspectos a trabajar en toda intervención que pretenda revertir esa situación.

Bibliografía

Carrasco, J. C. (1969) Rol del Psicólogo en el mundo Contemporáneo en XII Congreso Interamericano de Psicología. (SIP) Montevideo 1969 en: En el psicólogo: roles escenarios y quehaceres. Ed. Roca Viva – Montevideo 1991

Castel, Robert (1995) La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del asalariado. PAIDOS - Bs. As. - Barcelona -México.

Giorgi, Víctor (1988) Vínculo, marginalidad y Salud Mental. Ed. Roca Viva –Montevideo

Giorgi, Víctor (2003) La perspectiva ética ante las transformaciones sociales y culturales en Latinoamérica. Anales del XII Congreso de ALAR - Montevideo - 2003

Käes, Rene (1979) "Transmisión de la vida psíquica entre generaciones" Amorrortu. Bs. As. 1996.

Loureau, René (1975) El análisis institucional Amorrortu Bs. As. -1975.

Morin, Edgar (1995) Mis demonios Ed. Kairos - Barcelona

Seligman – M.E.P. (1988) Indefensión En: La depresión, el desarrollo y la muerte. Madrid. Ed. Debate 1989.